

REVISTA DE LIBROS

Meditación de nuestro tiempo, de JOSÉ ORTEGA Y GASSET. MÉXICO, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1996, 294 pp., 2.600 PTA. (Edición de José Luis Molinuevo.)

No sólo son importantes en Ortega las obras sistemáticas —no demasiado numerosas, por cierto—, sino que, por el perfil y el carácter de su pensamiento mismo, lo son también sus artículos periodísticos, sus discursos políticos, sus cursos universitarios y sus conferencias. Pues Ortega no es uno de esos filósofos ocupado en confeccionar un sistema con el cuidado de no contaminarlo con elementos extrafilosóficos —tanto en el plano formal como en el del contenido— para ofrecer una trama estrictamente teórica y lógicamente articulada de abstracciones o ideas puras. La suya es, por el contrario, esa otra actitud que consiste en ejercer el pensamiento desde la situación histórica concreta de una circunstancia social de cuya sustancia cultural se nutre un determinado modo de ser y de existir, un estilo, un espíritu y una vocación. Por eso es verdad lo que tantas veces se ha reiterado: no es posible comprender a Ortega si no es en su circunstancia. Ni los diversos aspectos de su doctrina ni los diferentes momentos de su trayectoria tienen sentido abstraídos de la situación concreta en que se producen.

Por estas razones, pues, no se puede sino acoger con la actitud más positiva esta edición de los dos ciclos de conferencias que Ortega pronuncia en Buenos Aires, respectivamente en 1916 y 1928, o sea, durante su primer y su segundo viaje a Argentina. En una cuidada edición de José Luis Molinuevo, se recogen aquí los textos refundidos de los manuscritos preparatorios de Ortega —hasta ahora inéditos en su mayor parte— y se completan con transcripciones taquigráficas realizadas durante los cursos o copias mecanográficas. Se anotan minuciosamente las variantes y se distinguen —utilizando distintos tipos de letra— los manuscritos de Ortega del resto de documentos utilizados.

Con esta edición —que se encuadra en un proyecto de trabajo más amplio, dirigido a nuevas publicaciones de otros inéditos del filósofo español—, no sólo se rescatan del olvido materiales valiosos de Ortega, sino que se ofrecen nuevas perspectivas de comprensión que corroboran y amplían nuestro conocimiento acerca de sus concretas preocupaciones filosóficas en dos momentos distintos y distantes de su trayectoria espiritual. Es lo que se desprende de la diversidad de temáticas elegidas en uno y otro ciclo, así como del desarrollo y articulación de esos temas a lo largo de las conferencias que ahora se publican.

Concretamente, las conferencias de 1916 llevan como título genérico “Introducción a los problemas actuales de la filosofía”, y en ellas se insinúan ya aspectos importantes de la primera formulación que Ortega dará a su filosofía hacia 1923, en obras tan importantes como *El tema de nuestro tiempo*. Hay detalles que dejan entrever la lucha que Ortega libra en este período con el kantismo, su uso de un lenguaje neokantiano contra Kant, su deriva hacia la fenomenología, etc. En cualquier caso, en

esta visión que Ortega ofrece de los problemas de la filosofía se pone de manifiesto que no resulta fácil descubrirle una filiación filosófica tan clara como la que, por ejemplo, se cree que permite a Unamuno tomar conciencia de su personal orientación filosófica bajo la influencia de Kierkegaard. Aunque Ortega parece convencido, en un principio, de que en la obra de Kant están contenidos los secretos decisivos de la época moderna, sus virtudes y sus debilidades, no está menos convencido de la necesidad de reaccionar contra el kantismo para reformar la razón pura en razón vital (p. 104). No se trata de oponerse a la razón, sino sólo a cierto racionalismo. Cualquier teoría que pretenda ser tal habrá de ser racional: “La racionalidad —dice— es la más difícil tarea que cabe imaginar. Porque es ella un terrible imperativo que nos exige no aceptar ninguna de esas creencias ciegas que en forma de hábito, de costumbre, de tradición, de deseo, componen la textura misma de nuestra psique. Toda esa vida ingenua y espontánea del espíritu tiene que ser intervenida, rota, pulverizada, a fin de que dudando de la creencia ciega hallemos su razón” (p. 45). Como facultad de análisis, la razón ha de cumplir la función de penetrar el objeto y hacerlo transparente. Pero no se debe confundir esa función de nuestro espíritu con el objeto o con la realidad misma para suponerla constituida de la misma textura y condición que nuestra facultad racional. La razón pura sólo es la razón físico-matemática (p. 72), cuyos triunfos en las ciencias naturales ponen tan de relieve lo muy deficitaria que esta razón resulta, en cambio, en relación con los problemas morales, culturales e históricos.

Un segundo aspecto que destaca en estos textos es el modo en que aparecen afirmados y subrayados aquí los valores vitales. A la altura de 1916, la referencia más o menos explícita a Goethe (sobre todo, pp. 70, 101, 119 y 159) y a Nietzsche (pp. 68, 74, 84 y 164) dejan claramente entrever cómo Ortega los recibe y los comprende, en buena medida, desde la óptica de Simmel, uno de sus más apreciados maestros durante su estancia en Alemania. De Simmel es la idea de la vida como movimiento de superación hacia el valor, tercer ámbito de la realidad junto al sujeto y el objeto. Ésta es la nueva trascendencia que viene a sustituir a la trascendencia divina, sustitución que Ortega considera como uno de los rasgos más determinantes de la época contemporánea. Frente al siglo XIX, incorregiblemente subjetivista —dice Ortega—, el XX estaría dominado por la búsqueda de un realismo de ancho espectro que descubre la realidad humana en la capacidad que el hombre tiene de superarse hacia el valor: “Salimos de la eterna monotonía del yo, donde todo aparecía incluido, y los objetos aparecen ante nosotros [...]. Y cuando nos parece que hemos agotado todas las clases posibles de objetos nos encontramos con raras cosas ante las cuales no tiene sentido que nos preguntemos si las vemos, si las tocamos o si las imaginamos. Pensamos: nada de esto puede hacerse con ellas, únicamente podemos reconocerlas, estimarlas o desestimarlas. Son esas extrañas naturalezas que hoy tanto preocupan a la filosofía, que se llaman valores. Más allá de los objetos empieza el mundo de los valores, más allá del mundo de lo que es y de lo que no es, el mundo de lo que vale y de lo que no vale” (p. 168). De Simmel es, pues, la idea de que la relatividad del punto de vista del sujeto no tiene por qué implicar forzosamente un escepticismo, pues se da un cierto carácter objetivo en los valores que han de concebirse, no tanto como cosas en sí ni como formas a priori, sino como exigencias ideales que quieren de nosotros, no tanto una estricta obediencia, sino una transformación íntima de nuestro ser (p. 285). Y Or-

tega desarrolla y matiza esta temática a partir del caudal de ideas que producen los pensamientos de Goethe y Nietzsche.

El mismo problema de la relación entre cultura y vida, que motiva el interés de Ortega por la cuestión de los valores en estos textos de 1916, es también —aunque ya desarrollado en otras coordenadas— el objeto general de las conferencias de 1928, que incluye este volumen bajo el título de “Meditación de nuestro tiempo”. Lo que a Ortega le preocupa ahora es la identidad del hombre del siglo XX como identidad característica de nuestra época. Y naturalmente el rasgo en el que Ortega más va a insistir al respecto va a ser en el del protagonismo de las masas: “Vivimos bajo el brutal imperio de las masas [...]. Si yo dejase aquí este asunto y estrangulase, sin más, mi conferencia, quedarían ustedes pensando muy justamente que ese fabuloso advenimiento de las masas a la superficie de la historia no me inspiraba otra cosa que algunas palabras displicentes, desdeñosas, un poco de abominación y otro poco de repugnancia, a mí, de quien es notorio que sustento una interpretación de la historia humana la más radicalmente aristocrática que nunca se ha sustentado. Digo que es la más radical porque yo no he dicho nunca que la sociedad humana deba ser aristocrática, sino mucho más que eso. He dicho y sigo creyendo cada día con más enérgica convicción que la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto que es sociedad en la medida en que sea aristocrática y deja de serlo en la medida en que se desaristocrate. Bien entendido que hablo de la sociedad y no del Estado” (p. 251).

Tal vez sea aquí, cuando vemos a Ortega disertar sobre temas como la juventud, el cuerpo, el sexo, el dinero, la política, etc. del modo en que él lo hace, cuando más claramente se nos muestra la verdad de esa calificación que él se daba a sí mismo como “un aristócrata en la plaza pública”. A la altura de 1928, Ortega ya ha generalizado su pensamiento social, desarrollado en *España invertebrada* en relación con la situación española, y lo ha proyectado como horizonte de comprensión de la época contemporánea. Al mismo tiempo, sigue mostrando cómo se filosofa no levantando teorías en el aire, sino atentos a problemas actuales de índole muy particular, a lo que preocupa en las situaciones sociales contemporáneas y qué influjo tuvieron en la formación de éstas las situaciones del pasado. En el caso de Ortega no pasa desapercibido, no obstante, que el estudio de estos temas resulta fecundo por el apoyo que le presta una filosofía madura ya elaborada.

Lo que estos textos hasta ahora inéditos vuelven a poner de manifiesto es hasta qué punto Ortega vincula toda su reflexión filosófica a la toma de conciencia de una crisis histórica que comienza, en un primer momento, siendo española, para luego proyectarse y generalizarse a crisis de nuestra época contemporánea. A la altura de 1916, España parece haberse repuesto un tanto de ese pesimismo en el que el desastre del 98 la había dejado hundida, al tiempo que el impulso de reflexión y de regeneración que la catástrofe suscitó comienza a dar sus frutos más maduros. Pues es durante esa agonía cuando se gesta un movimiento filosófico, científico y artístico que eleva de nuevo a España a un nivel de calidad intelectual que no tenía desde el siglo XVI: Machado, Unamuno, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Baroja, Picasso, Albéniz, Falla, Ramón y Cajal, Menéndez Pidal, etc. Entre los frutos maduros de ese impulso, no es el menos importante la filosofía misma de Ortega. Durante este período, nuestro filósofo participa de lleno en esa intención pedagógica y revitalizadora propia de su generación, y que es la

que proporciona a su filosofía su objetivo propiamente orientador: formar minorías intelectuales de las que dependería la educación política de las masas. En 1928, en cambio, los intereses de Ortega han evolucionado. Ahora le preocupa el valor de la cultura en una época dominada por las masas, y el sentido de la historia. Abordando el examen y la crítica de cuestiones artísticas, psicológicas, políticas o históricas, se revelan unas determinadas directrices como vinculación viva entre ellas, sólo a cuya luz la diversidad de las ideas orteguianas se vuelve plenamente inteligible. La evolución, pues, se ha producido en el sentido de una maduración, de una ampliación de la mirada y de una mayor seguridad en la crítica, que ahora se despliega desde parámetros firmemente establecidos desde un sistema filosófico más o menos coherente.

En resumen, no se puede menos de considerar un gran acierto la publicación de estos textos, cuya cuidada edición nos aviva más profundamente, si cabe, el deseo de que por fin se realice una buena edición crítica, y tan completa como sea posible, de las obras de nuestro filósofo.

Diego Sánchez Meca
Departamento de Filosofía, UNED
Senda del Rey s/n, 28040 Madrid
E-Mail: DIEGOSAN@sr.uned.es